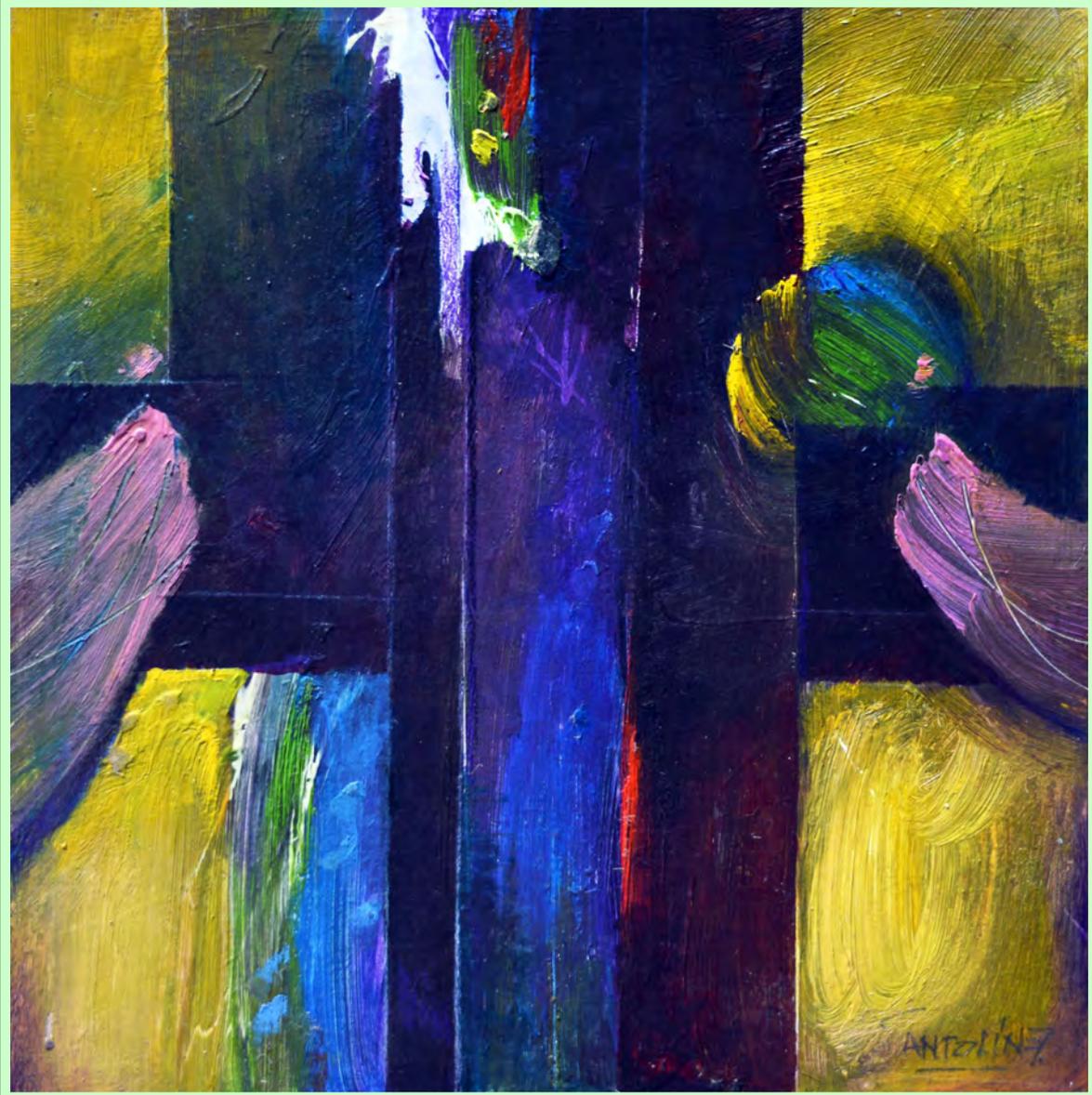


# Contexto

Revista Anual de Estudios Literarios / vol. 25 - n.º 27 - Año 2021  
e-ISSN: 2610-7902 / e-Depósito Legal: Me2018000066



Antolines Castro / *Sin título* / 2015 / acrílico sobre madera / 25 x 25 cm

## Ramos Sucre: Mundo ensoñado, mundo imaginado, mundo poetizado

## Ramos Sucre: Dream world, imagined world, poeticized world

## Ramos Sucre : Monde rêvé, monde imaginé, monde poétisé

Recibido 29-06-19

Aceptado 30-09-19

Mónica Torres R.<sup>1</sup>

Universidad de Los Andes, Venezuela  
monicatorres@gmail.com

**Resumen:** Ramos Sucre es un soñador que *escribe el mundo*. El poeta trata de desprenderse de la metáfora para conservar la esencia de la imagen en sí y, con ello, hacernos vivir *vidas imaginarias/imaginadas*, como lugares de enunciación que representan otros universos, donde las imágenes están cargadas de gran simbolismo. El estudio de la ensoñación como fenómeno creador en la poética de este autor nos propicia afirmar que la imaginación ramosucreana constituye un viaje que nos lleva a mundos oníricos, en los que la palabra hecha poesía, se desprende del encorsetamiento de una realidad que acecha y subyuga al poeta, al crear imágenes puras, naturales, inocentes y originales (Bachelard, *La poética de la ensoñación*). A quien no esté acostumbrado a rendirse ante los placeres de los paraísos imaginados por este poeta, le será difícil vivir con sinceridad esos mundos (im)posibles, libres de ataduras y de repliegues.

**Palabras claves:** Ramos Sucre, ensoñación, imaginación, poesía, mundo onírico.

1. Este artículo se desprende de un capítulo del trabajo de grado titulado *La imaginación vertical en la poesía de Ramos Sucre*, 2008, mención publicación, defendido en la Maestría en Literatura Iberoamericana, Universidad de Los Andes (Mérida, Venezuela).

2. Profesora de la Escuela de Artes Visuales y Diseño Gráfico, Facultad de Arte, Universidad de Los Andes. Estudiante del Doctorado en Letras y del Doctorado en Ciencias Humanas (ULA), Magíster Scientiae en Literatura Iberoamericana. Licenciada en Educación, mención Lengua, Cultura e Idiomas. Licenciada en Idiomas Modernos (ULA). Miembro de la Red Internacional de Investigadores de Literatura Comparada del Instituto de Investigaciones Literarias Gonzalo Picón Febres y del Grupo de Investigación en Patrimonio de la Universidad de Los Andes.



**Abstract:** Ramos Sucre is a dreamer who writes the world. The poet tries to detach himself from the metaphor to preserve the essence of the image itself and, with it, make us live imaginary / imagined lives, as enunciation places that represent other universes, where the images are loaded with great symbolism. The study of reverie as a creative phenomenon in the poetics of this author leads us to affirm that Ramos Sucre's imagination constitutes a journey that takes us to dream worlds, in which the word made poetry is released from confinement of a reality that stalks and holds down the poet, by creating pure, natural, innocent and original images (Bachelard, *The Poetics of Reverie*). For everyone who is not used to surrendering to the pleasures of the paradises imagined by this poet, it will be difficult to live with sincerity those (im)possible worlds, free of restraints and withdrawals.

**Keywords:** Ramos Sucre, reverie, imagination, poetry, dream world.

**Résumé:** Ramos Sucre est un rêveur qui écrit le monde. Le poète essaye de se détacher de la métaphore pour préserver l'essence même de l'image et à travers ça nous faire vivre vies imaginaires/imaginées, comme lieux d'énonciation qui représentent d'autres univers, où les images sont chargées d'un grand symbolisme. L'étude de la rêverie, comme phénomène créateur dans la poétique de cet auteur, nous amène à affirmer que l'imagination de Ramos Sucre constitue un voyage qui nous emmène dans des mondes oniriques, dans lesquels le mot fait poésie sort du corset d'une réalité qui hante et soumet le poète, en créant des images pures, naturelles, innocentes et originales (Bachelard, *La poétique de la rêverie*). À celui qui n'est pas habitué à s'abandonner aux plaisirs des paradis imaginés par ce poète, il sera difficile de vivre avec sincérité ces mondes (im)possibles, libres de contraintes et de retraits.

**Mots-clés:** Ramos Sucre ; rêverie ; imagination ; poésie ; monde onirique.

*Entre lo que veo y digo,  
entre lo que digo y callo,  
entre lo que callo y sueño,  
entre lo que sueño y olvido  
la poesía.*

OCTAVIO PAZ, *Decir, hacer*, 1987

Muchos se han preguntado dónde nace la poesía. Más que buscar su origen en un lugar, hay que buscarlo en un *momento*. Ese momento es el de la ensoñación. Bachelard considera que la ensoñación consiste en “una huida fuera de lo real” (*La poética de la ensoñación*, p. 15), en una sublimación; es decir, el ser ensoñador, ser terrestre, entra en un estado de “tregua física”, perdiendo la pesantez, corporeidad y la conciencia, lo que provoca la desconexión con su entorno. Es un espacio sin memoria. Para este autor, la “poesía tiene una felicidad que le es propia, sea cual fuere el drama que descubre” (*La poética del espacio*, p. 22).

La ensoñación, a diferencia del sueño, es un estado que nos es inmanente e imposible de verbalizar, no se puede contener en la palabra hablada. Se debe escribir, tal como lo hace el poeta, “con emoción, con gusto, reviviéndola tanto más cuando se la vuelve a escribir” (Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 19), evocando los recuerdos de esa ensoñación que hace al alma del poeta intemporal, joven y anciana a la vez. Joven, porque vive la ensoñación con admiración y asombro. Anciana, porque puede vivir muchas ensoñaciones en desproporción con su verdadera edad. Toda poesía surge, entonces, de la ensoñación. Escribirla y leerla implica una acción marcada por “el *amor escrito*. La moda de esto pasa, pero su beneficio permanece. Todavía existen las almas para las cuales el amor es el contacto de dos poesías, la fusión de dos ensoñaciones” (Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 19).

La imaginación es un viaje. Viajamos al país de las imágenes. Es un país infinito, inagotable. Este viaje lo realizamos en lo más profundo de nuestra intimidad, es una acción solitaria, única, original. A lo largo del recorrido, se nos presentan imágenes que no vemos, las sentimos, las vivimos.

El soñador, el poeta, está embarcado en ese viaje e invita a los lectores a acompañarlo. El poeta nos *abduce* de nuestra realidad para imaginar su mundo a través de la palabra poética.

Entonces, se produce una conmoción, una vibración que es el sentido vital de nuestro ser. Ramos Sucre comulga plenamente con esta visión del poeta ensoñado, cuyo espíritu encierra la esencia del ser, al estar ubicado “en el camino del 'espíritu puro', en lucha contra la materia” (León, p. 42).

En el poema “El tesoro de la fuente cegada” podemos ver cómo Ramos Sucre construye una realidad ensoñada, cuyas imágenes nos brindan sensaciones de embelesamiento y serenidad, generando un distanciamiento de la materia y lo terrenal: “Un sol amarillo iluminaba aquel país de bosques cenicientos, de sombras hipnóticas, de ecos ilusorios” (Ramos Sucre, p. 85).

Esa realidad ensoñada es un desdoblamiento de la experiencia del ser, que se encuentra instaurado en el lenguaje. En torno a esto, G. Sucre interpreta la poesía ramosucreana a través de las siguientes palabras:

Son poemas que sólo nos remiten a sí mismos: son lenguaje, signos (enigmáticos o no) que van tejiendo su propia trama de resignificaciones. Si parten de algo ya dicho o codificado, es para borrarlo, para transmutarlo o, lo que sería igual, para regresarlo a una experiencia original: el misterio de los signos formulados por primera vez (pp. 141-142).

Ramos Sucre es un soñador que *escribe el mundo*. Trata de desprenderse de la metáfora, imagen prefabricada, y conserva la esencia de la imagen en sí. Para G. Sucre, la poesía de Ramos Sucre está cubierta con un velo de misterio o quizás se trate de una condensación de imágenes porque para nosotros, como lectores, nos son difíciles de elucidar los mensajes que emite este poeta:

Las mejores imágenes de Ramos Sucre [...] son una suerte de escritura del mundo, por no decir sólo de la materia. Escribir el mundo: hacer de él un signo mental que nos remite a la totalidad de su ritmo. [...] Son *imágenes imaginantes*: no buscan tanto describir o realzar la *physis* del objeto como modularlo en un espacio a la vez real y virtual (pp. 147-148).

Cuando el espíritu se encuentra en el estado de ensoñación, el cuerpo no está dormido, inmóvil. Está relajado pero activo porque el alma está en vela, abriendo todo un mundo ante sí para ensanchar el horizonte de nuestra existencia. Las *puertas de la percepción* a otros mundos son la prioridad del poeta. Así nos lo hace ver Ramos Sucre en “La ciudad de los espejismos”, cuyo sujeto poético vive en una suerte de *trance*, porque está entre el sueño y la vigilia. Ese no es otro que el ensueño: “Yo no alcanzaba a desprenderme de los fantasmas del sueño en el curso de la vigilia” (Ramos Sucre, p. 258).

El soñador, el poeta, persigue la felicidad, ese estado de sublimación que comprende la belleza, aunque los de la creación poética nos transmitan sensaciones de angustia o de locura, por ejemplo:

El despertar privilegiado no ha de tener lugar necesariamente desde el sueño. Puesto que sueño y vigilia no son dos partes de la vida, que ella, la vida, no tiene partes, sino lugares y rostros. Y así del sueño y de ciertos estados de vigilia se puede despertar de este privilegiado modo que es el despertar sin imagen (Zambrano, p. 21).

La felicidad, en términos zambranianos, es un mundo real dentro de la irrealidad. Este mundo (ir)real goza de la libertad de las formas, de la esencia de las cosas, de las palabras y el poeta conoce/reconoce “los prestigios de la libertad. Debe decir la flor, hablar la flor” (Bachelard, *El agua y los sueños*, p. 79). Cuando se sueña, el espíritu proyecta su propia realidad; “pero esta realidad es nada; y la inocencia ve continuamente delante de sí esta nada” (Kierkegaard, p. 47).

La poesía es voluntad, voluntad de existencia, voluntad de representación del mundo. Es crear este mundo a través de la contemplación porque surge de la necesidad de poseerlo – de representarlo – a través del lenguaje, de la poesía; *voluntad* y *representación* vienen a ser aliados potenciales para la creación poética.

La poesía busca la creación de un mundo irreal que esté por encima o ajeno de las imperfecciones de la realidad. Es la ensoñación la vía o el vehículo para llegar a ese estado, a la cualidad original de las cosas. Es por eso que “toda contemplación profunda es necesariamente, naturalmente, un himno. La función de este himno consiste en *rebasar* lo real, proyectar un mundo sonoro allende al mundo mudo” (Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 66).

Así, la poesía de Ramos Sucre se nos presenta como una búsqueda de lo adánico. Es llevarnos a través de la imaginación a la pureza de las cosas. Lo original, para Ramos Sucre, vendría a ser la esencia de la existencia del ser. Guillermo Sucre considera que para este poeta “escribir es asombrar, no se trata de exhibir originalidad sino de rescatar lo original:

evocar a través del lenguaje la intensidad y la magia con que vivimos (y diariamente gastamos) nuestra primera relación con el mundo” (p. 75). Intensidad y magia son elementos constitutivos de la poesía ramosucreana.

La imaginación está por encima de la realidad, porque imaginar es, según Bachelard, “elear de un tono lo real” (*El aire y los sueños*, p. 105) al describir cuatro momentos que vive el poeta para su creación: el ensueño, la contemplación, la voluntad y la representación, momentos que tienen su cuna en la imaginación.

El ensueño representa una admiración. Es el maravillarse ante el espectáculo que se sucede frente a nuestros ojos obnubilados porque “el ojo que sueña no ve o al menos ve en otra visión” (Bachelard, *La poética de la ensoñación*, p. 262). La admiración representa, entonces, *un ensueño instantáneo*.

Después de maravillarse, el poeta contempla. Bachelard considera que la *contemplación* no tiene nada que ver con percibir. Es un “extraño poder del alma humana capaz de resucitar las ensoñaciones, de recomenzar sus sueños, de reconstituir, pese a los accidentes de la vida sensible, su vida imaginaria” (*El aire y los sueños*, p. 209), porque la contemplación está relacionada con los recuerdos, vividos o no.

La voluntad representa la verdadera condición de la ontogénesis poética. Es, en este punto, en donde se da una comunión entre la imaginación y la palabra poética. La voluntad busca la imagen, la quiere, está presente desde el primer momento; cuando nos embarcamos en la ensoñación, contemplamos y plasmamos nuestra experiencia onírica en la palabra. Por ello, la ensoñación es dinámica; las fuerzas internas del ser están en pleno movimiento.

Ahora, en la representación, “intervienen las tareas de la imaginación de las formas, con la reflexión sobre las formas reconocidas, con la memoria” (Bachelard, *El aire y los sueños*, pp. 209-210). Es decir, esta génesis espiritual es un moldeamiento de un fenómeno por parte del ser soñador, quien utiliza la imaginación como instrumento. Dicho fenómeno es el conocimiento del *ser-ahí* heideggeriano.

Entonces, el poeta busca representar el mundo a través de la poesía y, para hacerlo, debe primero conocer su esencia, movimientos, formas: toda su belleza. Al poeta no le interesa comprobar si ese mundo que está explorando, que está conociendo, es verdadero, porque “el mundo es bello antes de ser verdadero” (Bachelard, *El aire...*, p. 209). La poesía representa “una apertura hacia un mundo hermoso, hacia mundos hermosos” (*La poética de la ensoñación*, p. 28).

La experiencia estética que se presenta ante la poesía es rica en sensaciones e imágenes. El lector vive una suerte de torrente inagotable de posibilidades, potencialidades que se encuentran en los intersticios de la obra y que salen a la superficie, mejor dicho, son extraídas por la fuerza imaginante del lector para ser actualizadas. Gadamer dice al respecto: “La circunstancia del carácter inexhaustible del aspecto de las cosas es uno de los grandes privilegios y uno de los encantos más profundos del arte” (p. 87).

Es por ello que Guillermo Sucre nos menciona la facultad de Ramos Sucre para crear,

vivir y hacer vivir a sus lectores *vidas imaginarias*, trazadas por el poeta como el lugar de enunciación ideal para todo ser que imagina, porque cuando se imagina, se vive su propia felicidad.

El poeta se deja *elevantar* por el ensueño para llegar al estado originario del mundo. Pueden compararse, tal como lo hace Schopenhauer, el sueño con la locura, en cuanto el mundo en el que se vive es inventado, construido, alejado de la realidad circundante porque “la locura es un largo sueño; el sueño una breve locura” (Schopenhauer, p. 148). Durand también se suma a esta comunión entre el sueño y la locura en tanto escenarios ideales para la creación de mundos alternos que carecen de limitantes espaciotemporales: “En los sueños y los delirios, el dato inmediato es la imagen, no la duración, ya que 'el sentido del tiempo' está 'como disuelto'” (Durand, p. 406).

Bravo califica la poesía de Ramos Sucre como una manifestación de alienación de la existencia del ser; lo que lleva al poeta a refugiarse en otros mundos signados por el *mal* y sus expresiones:

La poesía de José Antonio Ramos Sucre se propone la creación de ámbitos hechizados, ámbitos del delirio o del sueño, como venidos del fondo mismo de lo imaginario, y cuya primera tensión es la separación del mundo, en una poética del mal y el dolor: en una poética de la separación por el dolor y de la fascinación del mal (p. 13).

Esta correspondencia entre locura, sueño y poesía la podemos ver reflejada en el poema “La alucinada”, cuando la virgen, protagonista del poema, vislumbra un espacio fantástico, una floresta mágica que despierta en ella un estado de delirio: “la virgen mira, durante su delirio, una floresta mágica, envuelta en una luz azul y temblorosa, originada de una apertura del cielo. Oye el gorjeo insistente de un pájaro invisible, y celebra las piruetas de los duendes alados” (Ramos Sucre, p. 24).

¿Qué representa el mundo onírico para el poeta? Es su lugar de enunciación. Es el lugar de partida y de destino, al que se llega a través de la representación. Todo el universo –y su belleza– está encerrado en la palabra. La palabra es un instante y es también la eternidad. Es el “hielo de un instante” (Bachelard, *La poética del espacio*, p. 67). Lo que parece una contradicción es, en verdad, la facultad de asombro y de maravillarse que evoca la poesía “al nivel de la palabra, que se produce en la palabra y por la palabra” (Bachelard, *El agua y los sueños*, p. 77). La poesía nos imprime un aire de frescura al hacernos asombrar por cosas que ya estaban muertas para nosotros.

Cuando el ser imagina se eleva al nivel cósmico. Este fenómeno es un desdoblamiento espiritual que transporta al ser a lugares lejanos, inexistentes mientras lo hace vivir sensaciones que, en el estado de vigilia, no podría. A medida que se aleja, más experimenta esa sensación de libertad y de liberación que le ofrece la ensoñación. Durante este viaje, el poeta (y también el lector) está bajo las leyes, quizás arbitrarias, de lo imaginario, se refugia en esos escenarios imaginarios, que son “universos más vivos, menos estereotipados” (Bachelard, *El aire y los sueños*, p. 307).

En este sentido, Pérez Perdomo nos sugiere que Ramos Sucre habita en otras realidades constituidas por su propio ser:

No debemos pasar por alto que Ramos Sucre se refiere generalmente a una realidad presunta e hipotética (o algo que por sus características convencionales parece serlo), situada las más veces en un tiempo y un espacio remotos, probablemente desconocidos por el poeta, a menos que los haya vivido en sueños o a través de alguna de sus múltiples personalidades y trasnominaciones de su enfático *yo*. De aquí que, como en los solipsistas, su realidad parece no encontrarse fuera, sino dentro de él mismo. Pero existen también, sin duda, obvias y explícitas referencias a espacios geográficos y tiempos históricos inmediatos, como innumerables alusiones alegorizadas de los mismos (p. 101).

En “La suspirante” está presente la afición y voluntad de un ser ensoñado, que se distancia de este mundo, como ella misma dice, *huye*, para albergarse en otro lugar, imaginario, pero que la hace feliz: “La dama renuente, aficionada a las quimeras de la imaginación, sueña con huir de este mundo a otro ilusorio” (Ramos Sucre, p. 337). Se convierte en un ser volador a quien no le hace falta mirar el transcurso de su recorrido porque la imaginación hace feliz al ser, así que ella no corre ningún peligro: “La hermosa vuela sobre los caminos cegados por la nieve y un búho solitario da el [sic] alarma en la noche fascinada por el plenilunio” (Ramos Sucre, p. 337).

Gracias a la riqueza de imágenes de su obra, Ramos Sucre no escapa de esta apreciación de Bachelard, en la pluma de Rama, quien afirma:

Es ahí (en *La Torre de Timón*) donde está su poética, su manifiesto literario, su concepción del mundo, no sólo bajo las especies de estructuras literarias imaginarias como las que se ocupan sus libros posteriores, sino también bajo las especies del discurso teórico, de la visión histórica, de la marginalia del escoliasta (p. 11).

Cuando el poeta ensueña, eleva su alma al cosmos, la descubre para mostrar el mundo que el poeta siente merecer, el adecuado a su alma. Esta elevación es íntima. Aunque no existe ninguna frontera ni lugar prohibido, el alma del poeta entra en una *conexión* con su propia intimidad y con la de los seres que ensueñan. A este ensueño poético solo le basta una imagen (aunque ésta esté adherida a su realidad circundante), la más simple, para formar todo un encadenamiento de sentidos. Toda imagen es un estado del alma.

En “Evangelio”, Ramos Sucre presenta un sujeto poético que vuela en medio de una ensoñación a través de los cielos, desde donde observa todo a su paso: “El místico revuelo me había sobresaltado. Yo presenciaba una visión aérea.” Al abandonar el ensueño, este sujeto vuelve a vivir como un ser terrestre, lo que le causa gran conmoción: “La fuga del ensueño devoto suscitó un lamento unánime en los retiros del valle sombrío.” (Ramos Sucre, p. 243)

A través de palabras simples, Ramos Sucre esboza imágenes complejas y múltiples, que crecen y se redimensionan constantemente, se magnifican y abandonan su pobreza

semántica; porque la poesía “no es una tradición, es un sueño primitivo, es el despertar de las imágenes primeras” (Bachelard, *El aire...*, p. 224).

En “La conversión de Pablo”, Ramos Sucre presenta al sujeto poético en medio de una ensoñación, cuyos sentidos están desprovistos de lógica. Recorre las alturas y escucha las *voces aéreas*, lo que nos indica que habita una existencia alterna a la real. Este sujeto ha creado su propio paraíso: “La frente grave y los ojos desatentos indicaban al hombre desprendido del mundo, que recorre alado la tierra, que oye en el silencio altas voces aéreas” (Ramos Sucre, p. 51).

Tomo la reflexión que hace Bachelard acerca de estos paraísos, en cuantos *mundos merecidos* por los poetas: “¿Acaso si no estuvieran escritos, los paraísos artificiales serían paraísos? Para nosotros, lectores, esos paraísos artificiales son paraísos de lectura” (*La poética de la ensoñación*, p. 256), para afirmar que la ensoñación del poeta, del poeta sincero, aquel que se desprende del encorsetamiento de una realidad que le acecha y subyuga, produce imágenes puras, naturales, inocentes y originales. A aquel que no esté acostumbrado a rendirse ante los placeres de esos paraísos imaginados, le será difícil vivir con sinceridad esos mundos (im)posibles, libres de ataduras y de repliegues.

## Referencias

- Bachelard, G. *El agua y los sueños*. México, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- . *El aire y los sueños*. México, Fondo de Cultura Económica, 1982.
- . *La poética de la ensoñación*. México, Fondo de Cultura Económica, 2004.
- . *La poética del espacio*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Bravo, V. *Introducción a la poesía de José Antonio Ramos Sucre: Una poética del mal y el dolor*. Universidad Pontificia de Salamanca, Departamento de Ediciones y Publicaciones, 1997.
- Durand, G. *Las estructuras antropológicas del imaginario*. México, Fondo de Cultura Económica, 2006.
- Gadamer, H. G. *La actualidad de lo bello*. Barcelona (España), Paidós, 1991.
- Kierkegaard, S. *El concepto de la angustia: Una sencilla investigación psicológica orientada hacia el problema dogmático del pecado original*. Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1943.
- León, C. A. “Las piedras mágicas”. *Ramos Sucre ante la crítica, por F. Paz Castillo y otros*, Caracas, Monte Ávila Editores, 1980, pp. 39-48.
- Pérez Perdomo, F., recopilador. *Antología poética de José Antonio Ramos Sucre*. Caracas, Monte Ávila Editores, 2004. Colección Biblioteca Básica de Autores Venezolanos.

- Rama, A. *El universo simbólico de José Antonio Ramos Sucre*. Cumaná, Universidad de Oriente, 1978.
- Ramos Sucre, J. A. *Obra completa*. Caracas, Biblioteca Ayacucho, 1989.
- Schopenhauer, A. *Manuscritos berlineses: Sentencias y aforismos*. Valencia (España), Pre-Textos, 1996.
- Sucre, G. *La máscara, la transparencia*. México, Fondo de Cultura Económica, 1985.
- Zambrano, M. *Claros del bosque*. Barcelona (España), Seix Barral, 1993.